

# El Elegido

Abel Santamaría Cuadrado  
90 aniversario

SUPLEMENTO ESPECIAL

VIERNES 20 | OCTUBRE 2017



## TEN MIS OJOS, CUBA

*Miras, Abel,  
sin ojos en la tierra.  
Tu mirada viene de lo que no abandona la belleza.  
Aquí está derramada  
como cuidando el sesgo de tu isla,  
la lucha del mar por sostenerla;  
ayuda al balanceo de las palmas,  
agrede nuestro miedo.  
¿Quién le dice: párate;  
quién la vuelve a esa cuenca desolada?  
Miras, Abel,  
y se revuelve el hambre de los pobres.  
Miras, y arde  
la libertad de los hermanos secos,  
enterrados a pulso  
frente a los sinsontes.  
Aquí convoco  
tu córnea interminable*

*persiguiendo el mal con una lágrima,  
la pupila  
oráculo de tu hermana,  
rebelde,  
pariendo luz dentro del polvo.  
Yo no me enluto,  
yo no sollozo.  
Yo oigo tu mandato  
y me apoyo en ti como en un talismán,  
como en un aire de yagrumas,  
como en un himno.  
Tú eres el único que ahora ve en las tinieblas,  
porque aquí ya todos somos ciegos.  
Danos tu mirada.  
Es fuerte como la primavera del milagro.  
Ampáranos con tu: ten mis ojos, Cuba.*

(Poema Conversación con Abel Santamaría, de Carilda Oliver)



por NELSON GARCÍA SANTOS  
corresponsales@juventudrebelde.cu

ENCRUCIJADA, Villa Clara.— En la biografía de Abel Santamaría Cuadrado debe aparecer, ineludiblemente, ese pasaje revelador de lo que vendría después; contado, con sano orgullo, por su madre Joaquina.

El adolescente Abel llegó un día contento a su casa porque había ganado, con una inspirada composición, un concurso sobre el Apóstol José Martí.

Años después su madre reveló el íntimo y breve diálogo: «Mira, mamá, gané esto, mira. Me enseñó el diploma que se denominaba Los Tres Reyes de la Patria, que daba el Ministerio de Educación. ¡Ay, Abelito, pensaba que te iban a dar una beca! Entonces él me dijo: “No importa, mamá, gané esto por escribir sobre Martí...”». Y estas últimas palabras, dichas en plena infancia, revelaron que ya latía en sus venas la estirpe martiana.

La invocación de Joaquina a la beca refleja el pesar de la familia por no poder costearle los estudios tras concluir el sexto grado, hecho que en vez de desalentarlo, sin dudas le permitió ganar conciencia sobre los males de la época.

#### AQUEL RUBIECITO

Abel, el tercer hijo del matrimonio de Benigno Santamaría Pérez y Joaquina Cuadrado Alonso, nació en Encrucijada el 20 octubre de 1927, día en el que por primera vez se cantó en 1868 el **Himno de Bayamo**. Feliz coincidencia esta, pues, lo que vino al mundo resultó un verdadero patriota.

Tras su nacimiento, en los primeros años de vida, la familia se mudó para el central azucarero Constanza, que hoy lleva su nombre, donde el padre trabajaba como jefe del taller de carpintería.

Ahora, mientras uno transita por los lugares donde él estudió,

## La estirpe martiana de Abel

En la escolita del Central Constanza se adentró en la savia del Apóstol, conoció la miseria reflejada en el bohío sombrío y convivió con los más pobres, a quienes siempre estuvo dispuesto a ayudar



trabajó, jugó pelota, bailó, se bañó en el río o flirteó con alguna muchacha, brotan más impactantes las remembranzas sobre cómo era en su niñez y juventud, que están atrapadas en los testimonios expuestos por familiares, maestros y amigos con quienes compartió conocimientos, juegos e inquietudes.

Su familia supo educarlo desde pequeño en el conocimiento de los valores éticos, y contó también con buenos maestros, un caudal que supo aprovechar, como muy pronto comenzó a reflejarse en su manera de actuar y pensar.

#### SIN PUPITRE

La insistencia por el conocimiento fue una cualidad que siempre acompañó al segundo jefe del ataque al Cuartel Moncada, como lo confirma esta anécdota: con seis años, le insistió de tal manera a su mamá para ingresar en la escuela, que esta tuvo que hablar con la maestra, pero no había matrícula.

Ante la insistencia de Joaquina, la maestra Matilde Borroto le ofreció un espacio en el piso, pues no alcanzaban los pupitres en el aula de primer grado. Fue



De izquierda a derecha, los hermanos Haydée, Aldo, Aida y Abel. Foto: Cortesía de la Casa Museo Abel Santamaría

entonces que en un gesto de desprendimiento su compañero de clases, Santiago Quincosio, compartió su asiento con él.

Su maestro de primaria, Eusebio Lima Recio, disfrutaba al contar que vio en aquel rubiecito, de ojos verdeazulados, a un niño bondadoso, inteligente y con madera de líder, que reaccionaba contra cualquier abuso y acto de injusticia.

Recuerda Lucila Lima, que su padre Eusebio le contaba que era también el último en salir del aula —principalmente los fines de semana—, para que su papá le indicara qué libro o qué lección de Martí leer. Él se refería a Abel también como muy respetuoso y bondadoso.

Esa empatía que surgió entre el maestro y el alumno terminó convirtiéndolos en grandes amigos. La última vez que

el Héroe estuvo en Encrucijada fue en busca de su maestro de primaria. Hablaron mucho, en particular sobre la tiranía batistiana, y luego mi padre me comentó que estaba sorprendido por la madurez de Abel, mostrada en sus juicios sobre la dictadura, rememora Lucila.

De su fervor patriótico resulta muy revelador este testimonio de su hermana Haydée: «Desde pequeño surgieron en él inquietudes patrióticas y hablaba con mucho entusiasmo de José Martí y Antonio Maceo, tanto que en cuarto o quinto grado, a finales del curso decía: “¡Yo soy Maceo, yo soy Maceo, yo quiero interpretar a Maceo!”».

#### NUNCA MÁS SE METE CON NOSOTROS

Su amigo de la infancia,

Antonio García Lorenzo, relató al historiador y periodista Narciso Fernández, que «a Abel, como a todos, le gustaba jugar pelota. Él pitcheaba algunas veces y, como siempre, entre nosotros había uno más malcriado que los demás, un guapetón. De esos que el out tenía que ser out porque sí.

«Ya me tiene más fastidiado este, me dijo un día Abel, ya verás cuando vuelva a decir out; y efectivamente se fueron a los puños. El otro estaba más fuerte y le dio un piñazo duro en la cara. “Perdiste”, le dije, y me respondió: “No, ya verás cómo nunca más se mete con nosotros”. Y así mismo fue».

De aquel rubiecito generoso, saltan aquí y allá las evocaciones que retratan de cuerpo entero esa cualidad suya: «Dale los mandados que él quiere y me lo descuentas de mi salario».

De esa manera reaccionó al presenciar que Casiano Luzarraga, el dueño de la tienda, se negaba a fiarle unos mandados hasta el día de su cobro a un humilde trabajador.

El carretero Martín Vergara Sarría nunca olvida aquellos tiempos aciagos en que velaba que no estuviera en la tienda el dueño para ir, porque Abel siempre le daba un anticipo.

#### SU GRAN ENCUENTRO CON FIDEL

En la escolita pública del central Constanza descubrió a José Martí y se adentró en su savia; esas jornadas en las que conoció la miseria reflejada en el bohío sombrío y convivió con los más pobres, a quienes siempre estuvo dispuesto a ayudar.

Su estirpe proletaria se le empezó a enraizar en aquel ingenio, primero en su humilde puesto de mozo de limpieza, después de despachador de mercancía, hasta llegar a empleado de oficina.

El asesinato de Jesús Menéndez, el General de las cañas, a quien admiraba por sus luchas a favor de los trabajadores azucareros, lo indignó sobremanera, al extremo de que se brindó para vengar su muerte.

Un día de 1947 marchó a La Habana en busca de mejores horizontes económicos, cuando ya lo vivido a la altura de sus 20 años lo había convertido en un ferviente martiano de pensamiento y acción.

Luego vino aquel encuentro con su hermano Fidel, quien desde el primer momento supo aquilatar la grandeza y entereza de aquel joven en quien depositó toda su confianza.

Abel se entregó con tal ímpetu a la organización de la lucha contra la tiranía batistiana que el líder histórico de la Revolución lo llamó el alma del Movimiento que atacó el Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953.



Museo Azucarero Abel Santamaría, recién remozado. Foto: Arelys María Echeverría /ACN



# No nos faltará jamás

«Conocí al hombre que cambiará los destinos de Cuba», dijo el joven Abel Santamaría luego de estrechar la mano de Fidel. Iniciaba entonces la amistad de dos líderes que supieron comenzar la Revolución en un segundo

por YUNET LÓPEZ RICARDO  
digital@juventudrebelde.cu

«NO me gusta», le dijo su madre Joaquina cuando él le preguntó qué le había parecido su amigo. «Es el único hombre que te empequeñece a ti», fue su argumento.

Pero la sensación que él sintió cuando lo vio por primera vez fue muy distinta: «Conocí al hombre que cambiará los destinos de Cuba; es Martí en persona», fue lo que le aseguró a su hermana Haydée cuando regresó aquella mañana, la primera del mes de mayo de 1952, del cementerio de Colón, luego de estrechar la mano del joven abogado que —como acostumbraba a decir el diplomático Raúl Roa—, oía la hierba crecer y veía lo que estaba pasando al doblar de la esquina.

Fue allí, a la sombra de árboles y ángeles —donde en esa ocasión rendían tributo a un trabajador asesinado durante el Gobierno de Prío—, que Abel Santamaría escuchó la palabra impetuosa de Fidel Castro, y supo que aquel era el hombre que podía enderezar los caminos.

El revolucionario Jesús Montané recordaba que aquel día «nos quedamos conversando Abel, Fidel y nosotros. Muy pronto se estableció una animada y amigable charla alrededor de los acontecimientos políticos del país. Estuvimos de acuerdo en que algo había que hacer para combatir el régimen dictatorial de Batista.

«Nos lamentamos de la inercia de algunos sectores de la llamada oposición que estaban demostrando una incapacidad manifiesta para presentarle un verdadero frente de combate a la tiranía. Se imponía la acción de la juventud ante tanta politiquería y vacilaciones. En esta conversación ya despuntaba el líder que organizara masivamente al pueblo en su lucha a muerte contra la tiranía».

Fidel, con su poder de mirar más allá de lo que todos ven, comprendió enseguida la nobleza, el alma generosa y la lealtad de Abel, y en esos hombros depositó toda su confianza. Los dos entendían que «una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo», como le escribiría Abel el día siguiente al 16 de agosto de 1952, primer aniversario de la muerte del líder del Partido Ortodoxo, Eduardo Chibás, al entonces comentarista radial José Pardo Llada.

Abel vivía alquilado en un pequeño apartamento en 25 y O, en el Vedado, junto a su hermana Haydée, quien contaba que en su casa se discutía mucho. «Abel y Fidel exponían sobre el ideario martiano, el Manifiesto de Montecristi, los estatutos del Partido Revolucionario que fundara el apóstol... Abel exigía a cada compañero que fuera profundamente martiano (...)

El y un pequeño grupo de muchachos imprimían el periódico clandestino Son los Mismos, bajo la dirección de Raúl Gómez García. Fidel siguió entonces un nombre más combativo, y el 1.º de junio de 1952 vio la luz El Acusador.



Fidel, Abel y otros muchachos durante las prácticas de tiro previas al asalto a los cuarteles orientales, en la finca Santa Elena, Nueva Paz. Foto: Archivo JR

De sus únicos tres números, el último se distribuyó el 16 de agosto de ese año en la peregrinación al cementerio de Colón por el primer aniversario de la muerte de Chibás. Ese día Abel fue detenido, conducido al Castillo de El Príncipe y enjuiciado por el Tribunal de Urgencia.

Él pertenecía al grupo de los elegidos; y por eso sufrió la represión de la policía, y el encarcelamiento, renunció a su trabajo como representante en Cuba de los automóviles Pontiac, y se dedicó enteramente a la lucha revolucionaria.

Abel y Fidel tenían madera de líderes, y estaban dispuestos a darle a Cuba un futuro justo; por eso, el hijo de Benigno y Joaquina, que fuera mozo de limpieza, despachador de mercancía y empleado de oficina en el central Constancia, de su natal Encrucijada, en Las Villas, no tardó en convertirse en el segundo Jefe del Movimiento y de la acción que juntos organizarían.

## EL HIJO QUE NO ENVEJECE

Abel preparaba a los grupos para manifestaciones en la calle, dirigía las células, estaba pendiente de la propaganda, el adiestramiento militar; la búsqueda de recursos económicos para comprar armas y uniformes, y convirtió su chico espacio de 25 y O en el cuartel general de los muchachos antes del asalto a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo.

«Era un pedacito de apartamento, cabíamos todos, comíamos todos, vivíamos todos y éramos felices todos. Nunca hemos saboreado comidas más sabrosas que aquellas; nunca hemos compartido como compartíamos aquella pequeña cosa», dijo una vez Haydée.

Y el 24 de julio de 1953 allí estuvieron Fidel y Abel antes de salir para Santiago, ciudad donde se encontrarían

ellos y los más de cien inexpertos soldados, específicamente en la Granjita Siboney, un lugar que ya había visitado y acondicionado el segundo jefe del movimiento.

La noche acordada llegó en medio de carnavales. Sobre las diez de la noche llegó Fidel y les habló con su palabra ardiente. Luego lo hizo Abel, y los convidó a tener fe en el triunfo, a ser valientes en la derrota; les aseguró que lo que pasara se sabría algún día, que la historia lo registraría; que su disposición de morir por la Patria sería imitada por otros jóvenes; y que el sacrificio mitigaría el dolor que podrían causarles a sus padres y demás seres queridos.

Así, cuando los autos salieron rumbo a las dos ciudades con su grupo de valientes, Abel lo hacía hacia el lugar que ocuparía: el Hospital Civil Saturnino Lora, de Santiago, para una acción coordinada con el asalto a la Posta tres del Moncada por Fidel, y la toma del Palacio de Justicia, dirigida finalmente por la audacia de Raúl Castro. Para protegerlo, Fidel había enviado a Abel a la retaguardia, pues en caso de que él cayera, se convertiría en el líder del movimiento.

Los primeros disparos, fríos como la misma muerte, sonaron; y con ellos Abel supo que el factor sorpresa había fallado. Cuentan que su mayor preocupación era que peligrara la vida de Fidel, pues siempre defendió que quien debía vivir era este.

En ese afán de salvaguardarlo a toda costa, sus órdenes fueron disparar hacia el Moncada desde las ventanas del hospital, a la vez que se impedía la entrada de los soldados allí.

Cuando en la Posta tres solo se escuchaban tronar las armas enemigas, Abel y quienes luchaban a su lado

siguieron disparando hasta que no les quedó ni una sola bala; y llegaron hasta ellos, como lobos hambrientos de hombres, los de uniforme color caqui y alma oscura, para «hacer justicia» a los causantes de la ofensiva.

Era el primer combate de Abel. Tenía solo 25 años, demasiada poca vida para terminarse en uno de los calabozos del mismo cuartel que ese día no pudieron tomar.

Preguntas, golpes, más preguntas, golpes otra vez... Y solo silencio.

Ni un nombre ni una pista, nada, no dijo nada. Y esos sin alma y sin piedad, al no poder quitarle palabras ni la dignidad, le arrancaron los ojos, aquellos pensativos y tiernos ojos que tenían tantas cosas por ver todavía. Y se los llevaron a Haydée, para que hablara ella; pero tampoco lo hizo.

A Abel lo mataron. Fidel vivió y logró llegar a las montañas orientales como decía el plan, donde estuvo durante una semana de resistencia.

Ya en septiembre, en el juicio a los asaltantes, recordaría toda la sangre inocente que corrió el 26 de julio de 1953. Y habló, por supuesto, del segundo jefe del Movimiento: «el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba», dijo.

También pensando en él, desde la prisión de Guanajay, Haydée le escribía a sus padres:

«Abel fue, es y será ese hijo que no envejece, siempre seguirá con su cara tan linda, siempre seguirá para ustedes, para todos nosotros con su fuerza, con su infinita ternura, será quien nos haga ser de verdad buenos, será siempre el guía, y para ustedes, será el hijo más cercano (...)

«Como ustedes pueden pensar, no tendrán más [a] Abel, [pero] si él desde Santa Ifigenia les ha dicho: quieran a Cuba, quieran a Fidel, y ustedes, aunque antes él se lo pidió, es hoy cuando han entendido esa verdad, y yo, si no los viera más a ustedes, sentiría la felicidad de tener siempre padres, porque han sabido ser padres de Abel (...)

«Mamá, ahí tienes [a] Abel, [¿]No te das cuenta, Mamá[?]. Abel no nos faltará jamás. Mamá, piensa que Cuba existe y Fidel está vivo para hacer la Cuba que Abel quería. Mamá, piensa que Fidel también te quiere, y que para Abel, Cuba y Fidel eran la misma cosa, y Fidel te necesita mucho. No permitas a ninguna madre te hable mal de Fidel, piensa que eso sí Abel no te lo perdonaría».

Los años han pasado. Este 20 de octubre Abel habría cumplido 90 años. Tenía razón cuando cuidó tanto a Fidel, y dijo que sería él quien cambiaría los destinos de Cuba, pues los dirigió por 60 años. Fidel, luego de aquel 24 de julio en que partieron a Santiago de Cuba, no regresó nunca más al pequeño apartamento de 25 y O; demasiados recuerdos juntos; pero se encargó de que Abel siguiera viviendo.



# Toda la promesa era la luz

por YEILÉN DELGADO CALVO  
yeilen@juventudrebelde.cu

AFUERA la vida vibra con toda la intensidad de lo cotidiano: un chofer desgasta el claxon, una pareja avanza tomada de la mano mientras discute su plan para la noche, un señor camina a casa cargado de bolsas, una muchacha repasa los textos de la librería.

El edificio es uno más en la urbe apretada, solo una placa salva su fachada del anonimato; pero hasta el No. 164 de 25 y O, en el diverso Vedado habanero, no impulsa la casualidad. Hay quien va allí buscando un pedazo de la Patria, un fragmento claro de lo que es la Isla y también de lo que será.

En la entrada, unos niños hacen rodar en el juego su inocencia. Se les debe sortear para ganar la escalera. La subida tiene de conversaciones vecinales, de olor a almuerzo, de noticiero del mediodía, de lavadora en marcha... el inmueble está vivo, y se adivina que no se encontrará un mero museo —con toda la carga de tiempo detenido que le es inherente— sino una casa, un hogar de

una simpleza limpia, como la de los ojos y la esperanza de Abel Santamaría Cuadrado.

La historia puede palpar, y es más que libros y vidrieras. Allí, en el apartamento 603, nada habla de pasado ni de muerte. Allí, en sus habitaciones pequeñas y austeramente amuebladas, de paredes signadas por Chibás, y por Martí una y otra vez, emergió el cuartel general más dulce que una causa pueda acreditarse. Allí se gestó una revolución de un sedimento ético excepcional; y Abel, Haydée, Fidel y otros integrantes de una generación marcada por la lucidez del cambio, fueron irrepitiblemente felices.

Había lecturas, discusión, crítica, comidas de amigos, siestas sobre la cama o en el piso y, sobre todo, la promesa de un devenir luminoso, de un porvenir sin mácula para Cuba.

Aquel apartamento tiene, aún hoy, la huella de Abel, y no en particular por los muebles que la familia rescató en aras de un mañana agradecido ni por sus libros que ahí permanecen; no por la sutil sobrecama que tejieron los dedos del alma fundadora de Casa de las Américas

ni por la explicación provocadora y apasionada de un especialista que —como debe ser— lleva su trabajo prendido en el pecho. Sino por la esencia total que nos devuelve a un muchacho enfrentado a la tortura más cruel y al asesinato, que aunque apenas comenzaba a vivir, tenía muy claro el sendero arduo del bien y del deber.

Abel, niño humilde que estudió a golpe de deseo, trabajador honrado que negaba el egoísmo en nombre de la dureza de los tiempos, fue un hombre preclaro y fiel; no llegó a convertirse en un teórico revolucionario; pero como «lo más terrible se aprende enseguida y lo hermoso nos cuesta la vida», le sobró visión para entender que la transformación no puede esperar por condiciones ideales, y que tiene mucho de la mística del arrojo.

Respiró apenas un cuarto de siglo y dejó uno de los monumentos más estremecedores de la Revolución Cubana: su mirada de mártir teñido de rojo, su mirada que acusa al pusilánime y al traidor, su mirada que impulsa a creer en la valía del sueño y en la indignidad de abandonarlo.

Por sus ojos arrancados, la novia viuda y el ajuar inútil, la hermana siempre perseguida por su ausencia y, a pesar de todo ello, su espíritu que perdona y convida, es Abel ser de otro mundo, animal de galaxia y también, como Martí, Villena, Celia o el más anónimo hijo o hija de esta tierra, la estirpe de la cubanidad, que combina en proporciones inauditas heroísmo y humildad, radicalismo y amor.

Una no quisiera dejar nunca el apartamento 603, con el desgarramiento del almanaque detenido para siempre un 25 de julio de 1953; la silla de tijeras que tanto disfrutaba Abel; el refrigeradorcito comprado por Boris Luis Santa Coloma, otra vida breve y de siempre; la mesa de Fidel, y el abanico de Haydée generosa y de girasoles.

Y cuando se deja el lugar, templo para cada cubano y cubana con el sentir bien puesto, se entiende mejor que afuera la vida vibre con toda la intensidad de lo cotidiano. No por homenajes fatuos murió Abel, sino por esa tranquilidad vespertina del barrio, por ese futuro sin oscuridades. Que no se melle la sencillez del sitio, pero que nunca esté vacío. Hay luchas que no cesan.

## Canción del Elegido... Silvio Rodríguez, 1968

A Abel Santamaría

*Siempre que se hace una historia  
se habla de un viejo, de un niño o de sí.  
Pero mi historia es difícil,  
no voy a hablarles de un hombre común.  
Haré la historia de un ser de otro mundo,  
de un animal de galaxia.  
Es una historia que tiene que ver  
con el curso de la Vía Láctea.  
Es una historia enterrada,  
es sobre un ser de la nada.*

*Nació de una tormenta,  
en el sol de una noche,  
el penúltimo mes.  
Fue de planeta en planeta  
buscando agua potable;  
quizás buscando la vida  
o buscando la muerte  
—eso nunca se sabe—;  
quizás buscando siluetas  
o algo semejante  
que fuera adorable  
o, por lo menos, querible,  
besable, amable.*

*Él descubrió que las minas  
del Rey Salomón  
se hallaban en el cielo  
y no en el África ardiente,  
como pensaba la gente.  
Pero las piedras son frías  
y le interesaban  
calor y alegrías.  
Las joyas no tenían alma,  
sólo eran espejos,  
colores brillantes.  
Y al fin bajó hacia la guerra  
(perdón, quise decir: a la tierra).*

*Supo la historia de un golpe,  
sintió en su cabeza  
cristales molidos,  
y comprendió que la guerra  
era la paz del futuro.  
Lo más terrible se aprende enseguida  
y lo hermoso nos cuesta la vida.  
La última vez lo vi irse  
entre humo y metralla,  
contento y desnudo.  
Iba matando canallas  
con su cañón de futuro.*

Hoy, en la Mesa Redonda

## Abel Santamaría, el segundo jefe del Moncada

ESTUDIOSOS de la vida y amigos de la infancia de Abel Santamaría Cuadrado nos acercarán desde Santa Clara, este viernes en la Mesa Redonda, a la historia del más generoso, querido e intrépido de los jóvenes de la Generación del Centenario, como lo llamara Fidel, en ocasión del aniversario 90 de su natalicio.

Cubavisión, Cubavisión Internacional, Radio Habana Cuba, el canal de YouTube y la página de Facebook de la Mesa Redonda transmitirán en vivo este programa desde las siete de la noche. El Canal Educativo lo retransmitirá al final de su emisión del día.

